

nunca. Sus labios temblaban. Estaban solos en la sala del piso bajo. Las llamas de la chimenea bailaban arrojando reflejos sobre los muros, y la mesa servida esperaba á los habituales convidados. Al fin, la joven murmuró:

—Lo sabía. Giolla me lo había avisado. Las cosas dichas duran muy poco. Pero cuando todo el mundo se haya dormido, iré á verte. ¿No es la última noche?



VIII

Una violenta impresión de obscuridad y de nieve, un hervor interno de imágenes líricas: tal fué el recuerdo que conservó Shakespeare del trayecto de Hadersburg á Copenhague. La charla de Rollin rozaba sus orejas distraídas, sin llegar á su espíritu. El trineo, mudo, rápido y ligero, arrojando ante sí un polvo blanco, atravesaba llanuras de un azul immaculado, bosquecillos de árboles muertos. Los pasos de los caballos sonaban sobre los puentes de madera. Deteníanse en algunas aldeas. Casas de abeto, sacudidas por la borrasca, bebidas calientes, fisonomías honradas y apacibles, simples existencias grotescas alrededor de una estufa. El uniforme aspecto de esos actos.

El poeta, envuelto en pesadas pieles, azotado el rostro por una ráfaga cortante, veía de nuevo los incidentes de los últimos meses, las nobles casas de sus amigos. Con una claridad fantástica, oía las voces de Schorel, de Fischart y de Readway.

Echaba de menos tantas cosas buenas y tiernas que pensaba á cuenta de ellos y que no había dicho, retenido por un pudor sentimental. Pero esos hijos de humanidad osada y generosa crecían, se agrandaban y agrupaban en su alma. Se cambiaban en héroes antiguos, adornados de fuerza é inteligencia y les prestaba acciones sublimes. Combinaba extrañas circunstancias en donde brillaban sus cualidades, en donde sus palabras se hacían proféticas, en donde sus gestos abraza-

ban el porvenir. Tras esas varoniles siluetas aparecían las sombras delicadas de Eva y Aino. La holandesa y la danesa se juntaban por rasgos comunes, igual talle delicado é iguales ojos claros. Las escenas de Rotterdam y de Hadersborg confundían el amor y el luto.

Tantos pensamientos asaltaban á William que suspiraba por no poder abrirse á su compañero. Sintió vivamente el fecundo dolor de la soledad por la cual se absorbe el entusiasmo y se hace un pliegue del carácter. Bajo las nubes rugosas temblaban bandadas de cuervos, como un choque de espadas negras. Se posaron á la orilla del camino.

—Van á juzgar—murmuró Rollín y moderó el andar de los caballos.

Los tristes pájaros, en círculo, peleaban y se invectivaban, y uno de ellos, en el centro, engrifadas las plumas, parecía el objeto de la disputa. ¿Cuál era su crimen y qué sentencia implacable le amenazaba, bajo los copos pálidos, ante sus grasnadores verdugos?

Los viajeros franquearon, el pequeño Belt, al caer esa luz indecisa que apenas si merece el nombre de día. El trineo se deslizaba entre montículos cubiertos de pinos. La claridad de la nieve luchaba entre el crepúsculo. Grandes superficies, azules y violetas, alternaban con bandas rojizas, y los collados rayaban un livido silencio.

—Ningún estado moral—pensaba Shakespeare—conviene á semejante desolación. En estos lugares serían necesarios hadas y gigantes. Es el país abandonado por la leyenda.

Pero la sombría violencia del Norte le esperaba en el gran Belt. Era ya de noche cuando se aventuraron en ese mar petrificado. Hasta el extremo horizonte, visible por un frío vapor, prolongábase aquel mar como un ancho abismo. Hubo un alerta. Un sordo crujido rajó de pronto ese cristal siniestro y el negro relámpago horizontal corrió hacia el Oeste ensanchando sin cesar su ruido y su hendidura. Los caballos estuvieron á punto de caer al suelo. El espacio se trocó en un reflejo de acero bruñido; el abismo del cielo y del sol se llenó de una bruma verde opaca y penetrante,—aliento implacable del invierno.

—He aquí la cabeza de la muerte,—gritó el poeta.—El fantasma del agua, prisionero de una helada tenebrosa, vuela giñiendo y nos anuncia el fin del mundo. ¿Qué personaje sería más trágico que esto? La pesadilla se realiza. Corred hacia mí, del fondo de mi ser, monstruosos hijos de mi fantasía, porque la decoración es digna de vosotros. Espantosos remordimientos pueblan, sin cuartel, esta atmósfera. Confundidos y petrificados los poderes elementarios acrecientan horriblemente su masa glauca.

El teatro de *El Caballero* (bautizado así á causa de la alta estatua que decoraba su frontón) se alzaba no lejos del puerto, en una estrecha calle de Copenhague. Era una construcción ovalada cuyo fondo constituía la escena; todo el resto del circuito estaba reservado á los espectadores. William y su guía llegaron de improviso durante el ensayo de una obra burlesca: *El Engañador engañado*. La alegría de los actores fué extrema. Con gritos y saltos, corrieron hacia Rollín, le abrazaron y quisieron llevarle en triunfo.

—¡Salud, hijos míos!

—¡Salud!

El buen hombre logró con mucho trabajo desasirse de todos aquellos brazos.

—Traigo excelentes noticias de Hamburgo. El camino es un poco frío, pero delicioso, gracias sobre todo á nuestro, á vuestro compañero el señor William Shakespeare, aquí presente, célebre cómico inglés, quien con su talento va á aumentar vuestros éxitos.

Las aclamaciones redoblaron. Se festejó al recién venido. Este trabó en seguida amistad con la característica, mujerona de ancha boca y de risa espesa, cuyas mejillas caían sobre muchas papadas; con dos lacayos burlones, vestidos de amarillo y verde; el clown, con su traje deslumbrante de lentejuelas; el barba, presuntuoso y solemne; el capitán, enorme mozo fanfarrón, de terribles bigotes rizados con tenacillas; el esposo tonto, joven elegante y tímido; el hijo del senador-consejero del rey Rosen-Krants, quien se había, con escándalo de toda

la ciudad, contratado en la compañía por admiración á la gran coqueta Ivelina. Esta saltó al cuello de Shakespeare.

—Tú me agradas, tú eres bello, y aunque debiera Rosenkrantz reventar de celos, nos *liaremos* bien.

Ella era de estatura mediana, delgada y flexible. Sus cabellos castaños, de reflejos de oro, ondulaban en derredor de su cabecita, de nariz fina, de labios demasiado rojos y en donde los ojos se abrían como dos anchas flores negras. Vestía una bata de terciopelo gris claro con ornamentos de plata. Los gestos delicados de sus largas manos cargadas de sortijas acompañaban su voz mate y justa. El poeta contempló aquellas mejillas algo huecas, avivadas de colorete, y la maravillosa curva de sus caderas. Y respondió á sus cumplimientos:

—Soy una chica bohemía. No sé dónde he nacido, ni de qué padres, ni bajo qué techo; adoro el vino, los músculos enérgicos, el teatro y la mentira. Cuando tengo un deseo no sé resistir á él. ¿Me quieres como yo te quiero?

Ivelina despidió al cómodo é infortunado Rosenkrantz. Ella habitaba á alguna distancia del teatro, en el barrio rico de Copenhague, un departamento tapizado de telas suntuosas.

—Necesito colores violentos—tenía ella costumbre de decir.—El amor reclama aparato. Pero yo echo á perder, echo á perder. Verás mi desorden, mis cóleras, cuando rompo espejos, lacero brocados, esparzo aquí y allá encaje. Mira éste; es punto del país. Representa selvas y animales.

De pie, en medio de la habitación bien alumbrada y bien tibia, presentaba coqueta al espejo sus hombros de una caída perfecta. Shakespeare la admiraba silencioso.

—¡Conque eres poeta! Cantarás mi cuerpo y mi sonrisa y como los otros, estarás desde mañana celoso como un loco, fastidioso como todos y de tal manera que me cansaré de ti.

Se acercó á él, le miró fijamente con sus grandes ojos sonadores y le dijo:

—Sin embargo, sería tan sencillo aceptarme tal como soy. Yo me burlo de Rosenkrantz, porque me fastidia con sus suspiros, sus carrozas y la cólera paterna que afrontó por causa mía.

Llena de un descuido esquisito se estiró, bostezó y mostró una ideal quijada, breve, felina, de dientes meados y transparentes.

—¡Qué aburrida es la existencia! He corrido mil peligros. Los hombres envenenan la naturaleza. Su vergüenza me ha parecido siempre despreciable. Solo de noche, cuando cambio de alma y de traje, y de reina me hago pastora, mis sentimientos ficticios son más verdaderos que mis pasiones vivas.

Dichas estas palabras, fijó en sus cabellos una curiosa flor color púrpura.

—Ese imbécil me la ha regalado. No brota más que en invierno.

Y abrazó á William.

Este le contó la historia de Aino. Ivelina le escuchaba con misteriosa sonrisa, acariciándole de vez en cuando con sus dedos perfumados, la cara.

—La virgen no puede comprender, dijo.

La muerte de Readway le enterneció. Conocía de vista á Helmi de Fulkenstein.

—Ya la juzgarás; es una blonda insípida.

A su vez ella le contó sus viajes, porque la Compañía pasaba de una ciudad á otra y variaba muy poco su repertorio.

—Las comedias son estúpidas; la mayor parte de ellas escritas por Rollan, y Rollan, ya lo sospechas, carece de génio. ¡Qué razonador! ¡Cien palabras por una! ¡Circunstancias vulgares! Nunca un hallazgo.

Ivelina tenía *verbo*, el sentido de lo pintorezco y de la imitación. Imitó sucesivamente á la dueña, al capitán, al barba, á los *partiquinos*. Tomaba aires feroces, hinchaba la voz, con traía sus obscuras cejas.

—¡Oh mi poeta! Si me immortalizas no olvides este detalle. Yo entro como quiero en los cuerpos; mi oficio me es natural.

Como el camaleón, cambio de matiz según mi capricho. Si deseo ser heroica, el valor sube en mi sér y afrontaría alegre la muerte. La violencia me inspira sus gritos y su angustia. El odio me agita hasta el temblor, y cuando digo: «Te amo,» mi corazón se hincha de lágrimas candentes. Cierro los párpados; evoco los celos. En seguida te me escapas.

corres hacia tu pequeña danesa de carne de leche y enrojecido de pudor; deseo su muerte y la tuya y asisto á vuestros abrazos.

La noche se pasó en esas confidencias. William adivinaba entre él y esa linda joven afinidades singulares, y expresaba en términos claros cosas que confusamente sentía...

A la mañana siguiente, se fué á casa de la noble dama Helmi de Folkenstein. Subió una escalera de mármol, en el primer piso de un palacio soberbio, y atravesó dos salas decoradas severamente. Los sonidos de un laúd hicieron sus oídos. En una especie de tocador alegrado de tapicerías brillantes, había sentada una música. Se estremeció [al entrar el poeta; William dobló una rodilla en tierra, le tendió la carta de Readway, y mientras ella le abría, observaba aquella regular cara algo grasienta, iluminada de perfil, de cuello redondo y puro, de pliegues de atención conmovida, el instrumento de madera pulida que sostenía en una diestra de patricia, el rico corpiño de raso amarillo claro, el traje blanco y las sandalias cuajadas de pedrería. Alzó sus ojos llenos de lágrimas, alentejuelados de oro como los del caballero. Con ellos sin duda operaba el encanto.

—Señor; á través de mil peligros habéis realizado esta misión conmovedora. Tomad vuestra recompensa.

Y comenzó á leer en voz alta, interrumpiéndose con profundos suspiros:

«Mi Dama, flor brillante y preciosa; el que os entregará esta prenda de desaparición y de amor será mi queridísimo amigo el poeta William Shakespeare, de mi raza de mi espíritu corazón. Mañana encontraré un rival detestado; si vuestra orejita, cuenca deliciosa de los dulces acordes que atraviesan un mundo embellecido por vos, está algo atenta, oiréis el ruido de las espadas, Clorinda, menos brillante que vuestras miradas; escribiré vuestro nombre en el espacio y sobre la carne del feroz Olof. Hasta aquí los presagios son buenos. excepto los de una hechicera encontrada en la bruma; no importa, confío en el porvenir. Adiós, pues, porque esto no es real más que por la no realidad de un amante celoso. Adiós, tierna Helmi, superior á

todas las magnificencias de la tierra. Guardad en el rincón más secreto de vuestra alma el recuerdo de Philip Readway. Cuando contempléis las estrellas, sola en vuestra terraza, en una noche clara y melodiosa, seré el soplo aéreo que juega en una fina cabellera y acaricia una cara bendita »

La joven se quedó silenciosa algunos momentos. La cólera plegó su bella frente.

—Ese Olof ha tenido la audacia de venir, orgulloso de su atrocidad? victoria. ¡Ah! ¡cómo lo arrojé de mi presencia!

Retuvo largo tiempo á su lado á Shakespeare, le hizo contar la travesía de Alemania, las conversaciones de Readway sobre la pasión, la gloria y la muerte y cada detalle concerniente á ella aumentaba su melancolía, sombreando sus ojos de una angustia húmeda. Cuando terminó su relación, se quitó la joven una de las sortijas.

—Me ha dado muchas. Guardad ésta como recuerdo. Se parece á una gota de sangre.

Ivelina aprobó la actitud de la dama.

—¿Pero por qué he desdenado á Olof? Ese homicidio le daba prestigio. Yo he oído contar que otra había, al contrario, exigido del asesino de su marido que se pusiera la camisa de luto. Yo creía que la sensible Helmi te pediría que la consolaras. ¡El dolor es tan vecino del deseo!

Había depedido á Rosenkrantz.

—Ha gemido como un gato cuando lo están estrangulando y ha llorado dos horas seguidas. Temía una inundación. En este momento te amo. El aspecto de otro me asquea. Aunque me dieran dos collares de perlas, no podría dominar ese asco. Pobre diablo! ¡Qué feo estaba angustiado! Juntaba las manos: «¡Mi Ivelina, mi Ivelina!» Hinchaba los labios. Se arrastraba sobre las rodillas. Juraba ahogarse, colgarse, tragar veneno!..

El desgraciado, sin embargo, continuó repitiendo el papel del marido en la obra *El engañador engañado*; y William representó el del amante; de modo que la ficción se imagen reducida de la realidad, y el poeta recordó los consejos de

Esmanius en cuanto á los fragmentos que reproducen el conjunto y en cuanto á los dramas en donde hay incluidos dramas. Su representación debía tener lugar el 15 de Marzo, para el aniversario de la Corona.

No es odio. No es culpa vuestra. Su temperamento lo arrastra. Es posible que vuelva á mí algún día. Pero sufro de una manera terrible, lo aseguro, hay minutos en que temo volverme loco.

William ignoraba cuanto al oficio del teatro se refiere, pero vió la ilusión de la ciencia, progresó rápidamente y Rollin le felicitaba.

—Demasiada naturalidad. Hay que forzar la verdad para que parezca verosímil á los espectadores. La palabra es más alta, el gesto más amplio y la mirada artificial. Que los menores matices sean aparentes. Pensad que vos os pintáis la cara á fin de expulsar los sentimientos del alma.

Iveline entonces murmuraba:

—No escuches á ese viejo loco. Cuando la voz es tan clara como la tuya, se deja uno llevar por los sentimientos que suben de las tablas al corazón. El dios portador de máscaras os anima y los aplausos le confortan. El público es una posesión. Quien no pierde la cabeza y en medio de la pasión sabe conservar un juicio frío, regular su paso y su aspecto, vigilar á su compañero en la escena ó saludar á alguien sobre los bancos, no ha conocido nunca el placer. Cuando me abrazas ¿piensas en no arrugar tu túnica?

El poeta notó sin sorpresa que sus compañeros conservaban sus papeles en la vida. El *barba* hablaba de todo con una solemnidad cómica y daba su opinión como se arroja sobre un mostrador una moneda de oro. Poseía un par de piernas cortas que estorbaban sus evoluciones, su cara era siempre grave y la hacían largo tiempo las sentencias que caían de su boca de labios delgados. El *capitán* acababa siempre de matar á apacibles transeuntes, de dispersar la guardia á sablazos y hacía humear el suelo bajo el choque de sus pesados talones. En fin, el *clown* afectaba un lenguaje enrevesado y florido, una franqueza llena de reticencias, un humor raro, exage-

rado ó melancólico, ensueños mezclados de juramentos y de saltos. Habitaban un mundo aparte, sin comunicación con el exterior y su carácter estaba formado de una superposición de personajes imaginarios.

La habitación alquilada por Shakespeare en una posada próxima á la casa de Ivelina, daba sobre un patio hosco y apestoso. Pero no estaba casi nunca en ella, pasaba todo el tiempo en casa de Ivelina. La ciudad le parecía insignificante comparada con Amsterdam y Hamburgo. No tenía siquiera el sabor de Londres, que recordaba por ciertos sitios: lo largo de las avenidas, los muelles desiertos. Sobre las anchas plazas soplaba un viento glacial acompañado de escarcha y nieve. Entonces era confortable el estar en el cuarto tibio y cerrado. Iveline adoraba los trajes y las transformaciones. Vestía su cuerpo ágil con sedas, rasos, terciopelos, lanas flexibles, variando los colores, los pliegues, los espejismos, dándose con habilidad mágica, colorete, ó destrenzando sus amplios cabellos de oro que caían hasta sus tobillos. Tan pronto era una viejecita [con carraspera y muy encorvada, una hechicera llena de predicciones, tan pronto una dama altanera y desdeñosa rechazando los homenajes de un señor, ó una joven aldeana, sencilla, conturbada por la vista de una fiesta y tímida ante las burlas de las comadres. Se disfrazaba de príncipe de clase media, de sacerdote, imitando el acento alemán, ó el danés, ó el italiano. Tenía tienda de muecas. La cólera, la alegría, la tristeza, el odio, el amor, el éxtasis, el dolor, se sucedían en el espejo de su cara móvil, y complicaba el juego, suponiendo el paso de un sentimiento al otro, de la alegría á la hosquedad, de la confianza á la resignación. Telas y trapes corrían por el suelo. Saqueaba los armarios, y cansada de esas ficciones, se desembarazaba casi en seguida de los flojos encajes y *falhalás*, y aparecía ante Shakespeare en el deslumbramiento de la sencillez, con su tez ambarina y odorífica,

Entonces comenzaban otras metamorfosis. Fingía la sorpresa, el pudor, una torpeza diestramente infernal. Sus hallazgos eran infinitos. Ya una torpeza obscura y maliciosa, una fase de mutismo malvado.

—Adivina mis miradas.

El pierde sus ojos en el fondo de aquellas pupilas oscuras. Y sus miradas, llenas de un pensamiento completo, encontraban las extrañas imágenes de Ivelina, las admitía, las transformaba, devolviéndolas más afinadas aún; y ese diálogo continuaba hasta la fatiga de sus almas. Reía con risa especial, cristalina, burlona y lasciva, que significaba:

—Me has descubierto.

Su cuerpo era el estuche satinado de aquella orgía intelectual.

Exigía de él que celebrase sus pies y sus manos, sus brazos carnudos y su cuello de cisne. Discutía los epítetos y las comparaciones; le acusaba de rebajar su belleza y de emplear formas groseras.

—Eso puede aplicarse lo mismo á mí que á otra. Reclamo alabanzas especiales, de tal modo que enumerándolas se obtenga un cuadro de una semejanza perfecta.

El le explicaba cómo las escencias del espíritu se descoloran pasando por el estilo, y que hay una desproporción singular siempre entre una estrofa y el estado de entusiasmo en que fué creada. Pero ella no querría oír nada.

—Si me amaras realmente, tus palabras latirían de fiebre. El amor atraviesa silbando el sér, como un hierro candente, y provoca gritos incomparables.

Y añadía:

—He vivido hasta la edad de doce años, en una especie de vapor. A esa edad he visto, oído y comprendido. Hay días en que mis facultades se exasperan. No sé cómo explicar esto. Lee en mis ojos.

El bajaba los ojos sin responder. Ella continuaba:

—He estudiado mucho el carácter de los hombres, el de la mujer no es tan difícil, pero es más inasequible. En vosotros se provocan los sentimientos con una facilidad desalentadora: He encontrado hoy en el puerto un marinero muy tostado que me ha dado envidia. En seguida el amado se inquieta y pregunta. Insistid y rugiré. En cambio, negadlo. La confianza renace sobre su cara ridícula que la angustia abandona

poco á poco. ¡Qué delicias es confesar lo verdadero en las apariencias de la mentira y gritar: «Te he engañado!» Un gozo imbecil extiende las mejillas del fatuo y pliega sus párpados gra-sientos: «Locuela; me crees tan bruto?»

Y proseguía sobre ese tema:

—Hay en tí algo que yo ignoraba. Parece que sientes algo, pero en la epidermis, y que tu conciencia quede intacta. Mis cóleras mismas te interesan. No te desorganizan.

El coge la mano húmeda de la joven, mano de puños cincelados.

—Estas piedras preciosas reflejan el universo y el universo no obra sobre ellas. El exceso increíble de mis impresiones deja indiferente casi en seguida mi alma, y todo se pinta en lo más profundo de mí con las formas y los colores de la obra de arte. Yo me vería morir con curiosidad, y la poca imaginación sobrenadando en mi pobre cerebro, armaría dramas á mi respecto. Por lejos que vayan mis sentimientos, alguien corre ante ellos y los finge. Un eterno demonio me irrastra á disfrazar las circunstancias.

—Eres un monstruo.

—No hay monstruos. Yo tengo elevada al paroxismo una facultad que poseen todos los hombres. Además, sé gozar y sufrir. Aquí se detiene la palabra. Vivimos en una muralla de vidrio.

Ella cruzó los brazos y se quedó pensativa algunos instantes.

—Tú ejerces un atractivo terrible. Desde que te he visto, he comprendido que tu fiebre se acordaba con la mía. Toca. Estoy febril de la cabeza á los pies. Los dos somos salvajes y nada puede contentarnos. ¿Hacerte traición? Me acojerías sonriente. Alimentaría tu fantasía. ¿Serte fiel? Exalto tu orgullo y sufro tu encanto. ¡Ah! es una dura alternativa. Deberías venir con nuestra compañía. Sería la vida de aventuras. Nos acostaríamos en el peligro, en los aromáticos paisajes de la primavera y la aurora nos despertaría con su bruma violácea y fría. El otoño nos enseñará la muerte ... Pero estas son locuras. ¿Quiéres venir con nosotros?

El no la escuchaba. Pero la sentía pronta á todas las actitudes morales, conforme á la rica variedad de las cosas.

Llegó el aniversario de la Corona. Fué un día de pompas y de multitud. Ivelina y Shakespeare se mezclaron á la gente. Por todas partes alzábanse arcos de triunfo. Por el cielo corrían nubes grises, semejantes á navíos majestuosos, y los colores de los trajes parecían chillones, demasiado vivos para el aire obscuro. Al llegar al centro de la ciudad, la batahola se hizo más compacta. En la gran plaza, ante el palacio, en signo de regocijo, se iban á quemar hechiceras. William no quiso acercarse. La alegría de las caras le parecía asquerosa y las estúpidas conversaciones le ofuscaban. Ivelina le dejó: Quería ver. Shakespeare se quedó á alguna distancia, la masa de pueblo le rozaba, ávida de suplicios.

—Son doce.

—Una vomita demonios por la boca.

—Van á darles tratos de cuerda.

—Me encaramarás sobre tus hombros.

Se oyó un inmenso clamor, y allá lejos, trás un horizonte de cabezas y peinados, se elevó el humo en largas espirales blancas, deshechas y arrolladas por el viento.

—En Rotterdam, en Copenhague, por todas partes, oiré la alegría de la tortura. Oh! ¡los cangrejos de Ermanius!

Los himnos cubrían los gritos de las víctimas.

—¡Ah! ¡sí estuviéras aquí, Jean Fischart, dotado del verbo vengador! ¡Cómo exaltarían tu odio esas infamias cometidas en nombre de Dios! En ese torbellino de un vapor humano, distingo los pliegues de la rebelión, las blasfemias de la carne que chisporrotea y las del espíritu que sucumbe.

Volvió Ivelina. Las llamas negras de sus ojos se acordaban á las de la pira.

—¡Qué espectáculo te has perdido! Viejas y jóvenes, flacas como arenques, en camisa y la cuerda al cuello. Parecían ropa blanca puesta á secar. Un gordo ha puesto el fuego, y juro que el canalla se reía. Sin duda le entretenían sus piernas desnudas. Pero puesto que los condenados van al infierno ¿para qué asarlos dos veces? ...

Aquella noche se representó *El engañador engañado*. Cuando William apareció en escena, no se espantó de la asistencia de los señores burlones, de los *burgueses* escandalosos, y de las damas de miradas curiosas. A algunos pasos de él, en taburetes, muchos amigos de Rosenkrantz, que no habían podido hallar sitio en el patio, se burlaban con frases descorteses; pero aquellas cosas no le conmovían. No oía siquiera las frases con que le animaban sus compañeros, ni las tonterías del payaso pintarrajeado de vermellón. Ante aquel auditorio, en aquella decoración mal presentada y coloreada de un modo grosero, en aquella atmósfera pesada y humosa, su pensamiento le arrastró hacia las riberas antiguas.

—¿Qué importan los cuerpos y los aspectos? Sacudida por nobles versos y pasiones grandiosas, esta canalla me haría inmortal. Se trata de hallar otra vez el alma, de abrir los ojos de estos ciegos, de infligir el estremecimiento á esas carnes lácidas y hoscas. Trabajo una materia rebelde.

Cuando le tocó hablar y vió la gracia de Ivelina, animó el entusiasmo su corazón. Ivelina llevaba un traje de terciopelo de un rojo obscuro. El corpiño ceñía su busto descubriendo el cuello limitado por una tirilla de oro; sus mangas abullonadas, hechas de muchos trocitos, estaban reunidas por gasas transparentes y olas de agujetas. De su talle partía una larga banda de oro acompañando su saya de gruesos pliegues. Sobre los bucles ardientes de sus cabellos brillaba una coronita. En vez de las insípidas palabras del libro, dijo á voz en cuello y cayendo de rodillas:

—Belleza que riges el mundo, ¿por qué haberte refugiado así en una sola? ¿No temes desaparecer, si alguna vez se marchitara esa admirable cara que han hecho los besos de Amor? ¡Telas que adornáis ese cuerpo frágil, conservad para siempre su forma y su perfume!

En este momento, volviendo la cabeza á la sala, vió á Helmi de Fulkenstein atenta, y como Ivelina, sin turbarse, le replicaba con palabras finas y tristes, añadió:

—Me es dulce también la voz burlona interrumpida por las tiernas confesiones. El poeta muere por su adorada; yace

allí sobre la nieve; su mano inútil palpa la espada: la frescura y la angustia. Pero hay por encima de él una visita. La alegre canta mientras él agoniza. ¿Para qué dar á un pájaro tu vida altanera, tu cinica vida, tu vida pronta á la gloria?

Murmillos halagueños acogieron este período. Helmi de Fulkenstein palideció; apesar de los ruegos de Rollin, los dos amantes continuaron deformando su papel. La fiebre se apoderó de ellos. Mezclaban imprecaciones á sus besos sinceros, palabras candentes movimientos apasionados, y sentían conquistarse á la asamblea, subiendo con ellos hacia el ensueño. Rosenkrantz se despidió al principio, pero se juntó á ellos. Imploró á su rival, acusó á la infiel; sus sollozos fueron irresistibles; muchos espectadores lloraban. A olas, á borbotones, como una mañana tempestuosa, el poder de crear invadía á Shakespeare. Todo se cambiaba para él en metáforas: un recuerdo, un reflejo, un olor, un gesto de Ivelina, el chispeo de las agujetas ó de las bandas de oro, la risa dolorosa de Rosenkrantz llevado por una emoción verdadera, saltar le hacia la luz en plena alegría, en pleno transporte genial. Los sentimientos que suscitaban corrían en él, rodaban sobre su alma multiplicados por la asamblea y los devolvía más fuertes y más bellos. Entonces las intenciones cambiaron. La obra de burlesca pasó á ser trágica. El esposo desgraciado y traicionado amenazó matarse. Cansado de la existencia y de la vergüenza, llamó en términos vehementes á la muerte, y su canto funerario interrumpió el canto voluptuoso. El puñal luce cerca de los besos. En el tono, en la actitud, en los ojos extraviados, comprendió William que un drama real iba á cerrar esos espejismos. Cogió bruscamente á su querida por la cabeza y la arrojó en los brazos del joven.

—Guárdala. No la quiero. No vale un saludo á Plutón. Por mi honor te lo juro, la arrojó hoy de mi lado.

Y al oído dijo á Ivelina estupefacta:

—Hoy; pero mañana volveré á amarte. Le salvo del delirio poético.

La obra acababa en medio de un triunfo cinico en los anales del teatro de *El Caballero*.

Algún tiempo después, Ivelina y William fueron en trineo á Elseneur; el cielo era frio y claro. El sol mostró su faz helada y la nieve del invierno se erizó de chispas. William y Shakespeare gozaban de la rapidez, mientras que tras ellos el robusto cochero animaba á sus animales cubiertos de espuma. Recordaba aquella noche memorable, la cólera de Rollin, furioso al disfraz de su obra. El padre de Rosenkrantz temiendo el escándalo, le había, apenas terminado la representación, hecho prender y meter en un calabozo hasta que prometiera formalmente olvidar á la cómica.

—Y se reía, muy rosada, en medio de sus pieles argentadas.

—Hubiera sido una lástima—respondió él—porque antes ignoraba casi todo tu ser....

—¿Y ahora?

—Ahora en todos tus pensamientos sigo tus ojos y tus estremecimientos.

—¿Habías tú encontrado una mujertan fantástica como yo?

—Nunca; ni siquiera en mis ideas. Ivelina, tú eres mi hermana.

—¡Fuegos celestes, abrasadnos!

—Eres mi hermana, Ivelina. Quiero decir que enfrente de un espejo nuestros dos seres íntimos darían una imagen casi semejante. Los placeres que ofreces á mis sentidos se acuerdan con los que invadían mi espíritu.

—Te me escaparás, pues?

—Como la naturaleza escapa á la primavera, después de las caricias refinadas, de las torturas deliciosas, un delirio de perfumes de follaje. Pero entonces no nos separaremos. Serás un pliegue de mi alma. Yo tomaré de ti eternamente para mis heroínas futuras.

—Hasta que otra figura borre la mía.

—Hasta que todas las figuras se borren en mi recuerdo, llamadas al tanque de las formas por la voz imperiosa de la muerte.

En un ángulo del camino, se alzó ante ellos el camino de

el Elseneur, rodeado de barcos cuyos mástiles llegaban á su cúpula. De sus rechonchas torreallas—algunas de ellas terminadas en punta—de su masa prestigiosa y sombría, de sus anchas terrazas, dominaba el mar todavía sólido, el mar de olas heladas y de crestas de nieve. Los últimos rayos del breve sol de Marzo iluminaban las ventanas, las esculturas de la fachada y rodaban en largos reflejos rojos sobre las olas de una blancura inmóvil. Ivelina y Shakespeare se apearon del trineo y se acercaron á ese altanero testigo de las estaciones y sus metamorfosis. La triste majestad del monumento parecía cuajada en el aire como el Sund de aguas sin espejo, y alrededor de los techos volteaban gaviotas plañideras. Solo William costó las murallas. Entre ellas y las naves prisioneras de las escarchas, se deslizó hasta el pie de las terrazas. De ahí, su mirada se extendía sobre los juegos de la escarcha y de las ondas, de las montañas y los valles, las avalanchas en miniatura, toda la gracia líquida sorprendida y petrificada por el frío. Esa llanura accidentada, caótica, de pálidos relieves, se iluminaba de luces rosadas hacia el horizonte.

No era todavía el deshielo, pero lo presagiaban lejanos crugidos, así como sinuosas hendiduras visibles de lugar en lugar, en donde tropezaban bloques quebradizos. Detrás de él el poeta sentía los ojos de oro del castillo y su trágica estatura. Y en aquel sitio, sin que él lo llamase, gracias al esfuerzo de sus sensaciones, se le apareció de pronto su destino, anunciado, así como la primavera, por el sutil estremecimiento de las cosas. Se estremeció en la profundidad de su ser. Hasta entonces, cautivo del universo, la ola de su personalidad hendía, los obstáculos frágiles y dispersaba los témpanos flotantes. El océano infinito era libre.

—A ti, recién nacido á la tierra, á mi Guillermo Shakespeare, dirijo el saludo que conviene. El mundo se inclina hacia mi alma, reflejándose en ella todo entero. Surgid ahora, héroes de amistad y de amor, tiranos y verdugos, dulces reidas, dioses paganos y hadas luminosas. Evadíos de mis sueños con ritmo conmovedor y temible. Como el aire, como la hoja, como la carne, la vida me atraviesa y me deja sus hue-

llas en los sitios innumerables. Todos los seres, desapareciendo, me abandonarían sobre estas orillas desiertas y heladas, pero yo podría reconstruirlos todos, no con la mano, sino con el ensueño. Llamas y pasiones, nubes y cara, tengo el repertorio de vuestras formas. Las cosas humanas danzan silenciosas. De esa dama están afectados los hombres. Yo he entrado en la ronda de Corte. No separo ya las ideas de las figuras, ni el destino del azar, ni del instinto la más alta sabiduría. Y si debo inclinarme alguna vez, será ante mi padre el sol, que no es bello sino porque abrasa.

FIN.

BIBLIOTECA DE «EL UNIVERSAL»
 DEPARTAMENTO DE RESERVAS
 INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS
 CAROLINA DE GUAYANA FRANCESA

